

**LA INMINENTE MUERTE DEL SEÑOR QUIÉN**

***PSEUDÓNIMO: MARCO GRAN***

## LA INMINENTE MUERTE DEL SEÑOR QUIÉN

Un día duro en cualquier parte de una ciudad a cualquier hora de una tarde de invierno. El señor Quién no lograba quitarse de encima aquella desazón que lo acompañaba durante todo el día, sobretodo, desde que había cerrado los ojos para imaginar un viaje a otro planeta en otra galaxia como le gustaba hacer y, en cambio, había visto una bandada de pájaros negros que le habían augurado una muerte inminente. Se había asustado y desde aquel momento, sentía brumas en su cabeza, como si una... como si una nube oscura y tóxica hubiera atenazado su mente. Tenía una tremenda sensación de vacío, como si todo lo que había hecho en su vida no sirviera para nada.

El señor Quién se sentó en un banco público en una calle gris frente al río. La luz de la tarde se iba apagando. No podía deshacerse de aquella horrible tenaza en su cabeza, sentía en ella un peso plomizo, era como si alguien le clavara en las sienes unos dedos agudos y en los hombros unas garras de uñas largas y afiladas. Miró a ambos lados de su cuerpo como si fuera a encontrar los restos de sangre que quizás brotaban de su carne, tanto era el dolor pero ¡no! todo era normal y, sin embargo, el dolor lo hundía en una cruel miseria corporal y anímica. Observó cómo se perdían entre la niebla los pisos últimos de los edificios de enfrente. No estaba lejos de su casa. La gente pasaba encogida y envuelta en sus abrigos de colores pardos u oscuros. De pronto vio una cara conocida con una sombra horrible en sus hombros, se asustó de aquella imagen negra de rostro arrugado encaramada sobre su vecino, el señor Tal; no tenía ojos, sólo dos diminutos agujeros blanquecinos y opacos, no tenía piel ni nariz, no había cuerpo sino una masa informe con unas extremidades que terminaban en unos apéndices uñosos y deformes como garras de grifo y que llevaban una guadaña corta agarrada a ellos. El corazón le latía con fuerza, se sentía aterrorizado y no tanto por el aspecto demoníaco sino porque la mirada sin ojos se dirigía a él con una mueca dura y sentenciosa, sin vida pero intensa. El señor Quién vio que su vecino, el señor Tal, reparaba en él, y también vio cómo miraba por encima de su cabeza y el rictus de su rostro cambiaba al percatarse de la sombra que alargaba extrañamente la figura de Quién. Se entristeció mientras se acercaba a él.

- ¡Hola, Quién! Veo que te queda algo más de tiempo. A mí apenas un par de horas. He salido a dar un paseo, no quiero que la muerte me sorprenda en casa con mis hijos y mi mujer.

- ¿De qué me estás hablando? ¿qué dices?

El señor Tal bajó los ojos entendiendo la resistencia de su vecino a la comprensión de la realidad. Se vio a sí mismo unas horas antes de aceptar lo crudo del destino y lloró en silencio sin lágrimas. Un espacio de tiempo eterno se abrió entre ellos. Finalmente el señor Tal se alejó balbuceando entre dientes:

- Cuando la Muerte vaya arrugando su pútrida cara irás acercándote más y más al final. ¿Acaso no has notado la sombra que llevas encima? ¡Aléjate de tu familia si quieres morir en paz!

El señor Quién quedó petrificado con la boca entreabierta, no podía hablar, sentía los labios secos y cómo se iba secando su propio cuerpo mientras veía alejarse hacia la orilla del río a su vecino con la repugnante imagen de aquel bicho sobre sus hombros. Las palabras del señor Tal resonaban en su cabeza machaconamente. “¡Aléjate de tu familia!” ¿Por qué? Tenía la certeza de que todo aquello tenía relación con la pesadez de cuerpo y mente que sentía, pero no alcanzaba a ver el sentido. La tarde languidecía para convertirse en noche y decidió aproximarse a casa para contarle a su mujer lo que sucedía. Ella sabría, como siempre, qué hacer, aunque el temor lo invadía y no tenía buenos presentimientos.

Miró y remiró a los transeúntes mientras caminaba y no veía nada extraño en ellos pero observó que nadie se fijaba en él, nadie se apartaba a su paso; cuando él se interponía simplemente lo atravesaban y su cuerpo se deshacía como una bruma para recuperarse después. Paseó sin rumbo definido consciente de que se acercaba al hogar hasta que, al doblar la esquina de una calle, vio a su amigo del alma, el señor Cuál, aparecer cuán alto era delante de él. Ambos miraron por encima de sus cabezas para contemplar recíprocamente el pequeño monstruo que llevaban encima. Un gesto de tristeza afloró en sus labios.

- Lo sé! –dijo Cuál fijando los ojos en Quién- ¡vamos a morir juntos! Llevo un rato sintiéndolo, es como una certeza inexorable.
- ¿De qué hablas? –respondió Quién asustándose aún más.

- ¿Todavía no lo has comprendido? Esa muerte que llevas encima es idéntica a la mía. Nos queda poco tiempo para morir.
- ¡No, no! ¡Por Dios, Cuál! ¡No entiendo nada! ¡No quiero morir!

El señor Cuál tomó aliento y suspiró largamente. Había comprendido su destino cuando, ante el dolor de cabeza que tenía, entró en el baño de su casa y no vio su propia imagen en el espejo, vio la muerte que tenía encima. Se movió y la muerte se movió con él pero seguía sin verse reflejado en el cristal. Terminó de entenderlo cuando se contempló a sí mismo a través de la puerta entreabierta cruzar el pasillo diciéndole en voz alta a su mujer que iba a salir. Se llevó las manos a la cara pero no sintió nada. Enloqueció por momentos y entonces percibió todo con claridad. Había comenzado el tránsito, una traslación lenta hacia el mundo oscuro. Se horrorizó y echó a correr hacia la calle.

- ¡Quién, amigo! Ya no eres tú. Te estás transformando sin percatarte de ello para saltar al lado inmaterial. Tu cuerpo no podrá pasar, tu alma se está deshaciendo de esa parte y ahora mismo eres un espectro de ti mismo. El tiempo pasará y te liberarás, al igual que yo, con la muerte. No sé por qué ni lo entiendo pero estamos juntos en el final.

El señor Quién se espantó llevándose las manos al rostro. Lloró pero no cayó una sola lágrima; abrió mucho los ojos y se miró las manos, las alzó para tocar la muerte que tenía encima y un frío extraño lo sacudió, no era una sensación humana. Notaba cómo iba perdiendo poco a poco los sentidos. Su cuerpo se hacía más brumoso y etéreo, su tacto se desvanecía, su vista se nublaba lentamente, sus sentidos caían en un limbo desconocido, su miedo era menos intenso. Corrió veloz hacia su casa dejando allí a su amigo el señor Cuál, pero su fuerza se iba perdiendo, tropezaba por momentos.

Llegó a su calle y vio su propia imagen en el portal de la casa, se paró y observó que su otro yo, de carne y hueso, caminaba nervioso cuatro pasos adelante y cuatro atrás, se mordía las uñas y apretaba los puños golpeando de vez en cuando la pared. El rostro estaba colorado y el pelo enmarañado. Miraba a la ventana de su casa y, rabioso, bajaba la cabeza y gritaba

sordamente. Estaba lleno de ira. De pronto, el señor Quién real dio un golpe y abrió la cancela de la vivienda y empezó a correr hacia arriba subiendo las escaleras de dos en dos, mientras el señor Quién espectro lo llamaba a voces que nadie oía y le suplicaba que parara, que lo esperara. Llegó al portal y frenó apoyándose ligeramente. Metió la mano derecha en el bolsillo buscando la llave y su mano entera se deshizo hasta la muñeca entre sus desvanecidas carnes. Se asustó con el poco miedo que aún le quedaba, y entonces percibió que podía atravesar la puerta sin abrirla. Intentó subir a su casa y comprendió... ¡Se estaba deshaciendo! ¡Era demasiado tarde!

### ***Crónica de Sucesos. Periódico local.***

El conocido abogado y político señor Quién fue hallado muerto anoche en su vivienda. Junto a su cadáver yacía el señor Cuál, amigo íntimo y compañero de partido del señor Quién, completamente desnudo. Bajo el cuerpo del señor Cuál se hallaba la esposa del abogado en estado de shock. Al parecer el político sorprendió a ambos en su propia vivienda en situación comprometida que, según fuentes fiables de la vecindad, se daba con cierta frecuencia. Todo indica que apuñaló a su amigo y se dio muerte inmediatamente después.

La tragedia ha conmocionado la ciudad por su magnitud y el hecho de ser personas tan conocidas en nuestra comunidad. La esposa está siendo atendida por los servicios psiquiátricos hospitalarios. La policía espera poder interrogarla en los próximos días ya que la infortunada no está en condiciones de responder.

Se da la circunstancia de que un vecino de la misma vivienda, el señor Tal, se lanzó al vacío desde el segundo piso donde vivía. Tres muertes en pocas horas han dado al número 66 de la calle Trébol una inquietante fama de mal fario. Los expertos opinan que es mera coincidencia.